

Entrevistes

GILLES LIPOVETSKY

En torno a la seducción*

Gilles Lipovetsky entrevistado en mesa redonda por N. Alberola, J. M. Marín,
S. Reverter y J. M. Ros (julio de 1999)

I. INTRODUCCIÓN: NOTAS EN TORNO A GILLES LIPOVETSKY

Como es sabido, el término postmodernidad se ha convertido en uno de los conceptos más controvertidos de cuantos pueblan los discursos artístico, sociológico y filosófico de este fin de siglo y milenio; máxime si tenemos en cuenta que con él se designan cosas tan variopintas como una moda, una condición cultural, la caducidad de la razón moderna, una sensibilidad diferente e incluso un nuevo periodo histórico. El caso es que dicho término ha entrado a formar parte de todo un conglomerado de conceptos y pensamiento «post» cuyo denominador común sería –más allá de la mera pose estética, el gusto por las etiquetas culturales y la verborrea oscurantista, que también las hay– la advertencia de que los parámetros modernos están cambiando, que algo ya no marcha en la modernidad como solía, y en definitiva, que se requiere pensar los nuevos tiempos que corren. Entre los muchos y distintos pensadores que se han ocupado de la cuestión cabe destacar, por la precisión de sus análisis, su prosa ligera y brillante y, sobre todo, por la finura de su olfato para captar el «espíritu de la postmodernidad» al ensayista y filósofo francés Gilles Lipovetsky. El amplio eco que están teniendo sus trabajos, traducidos a varios idiomas y repetidamente editados, le han convertido en uno de los mejores intérpretes de nuestra «actualidad postmoderna», y, por eso mismo, en un referente para la reflexión acerca de nuestro modo de pensar y sentir la sociedad en la que vivimos.

Su primer ensayo lleva por título *La era del vacío* (Gallimard, 1983; trad. cast. Anagrama, 1986) y en él se propone demostrar que la emergencia de un nuevo individualismo –«el individualismo narcisista»– constituye la clave ético-antro-

* Agradecemos a Francisca San Gil, intérprete, y a Adriana (periodista de *La Nación*, Argentina) su colaboración en esta entrevista traduciendo del francés las intervenciones de Lipovetsky.

pológica de la postmodernidad, esto es, un nuevo estadio histórico en el que han entrado ya las sociedades democrático-capitalistas avanzadas y que se caracteriza por el «vaciamiento» o pérdida de sustancia de los ideales proyectados durante la era moderna. Su segundo libro, titulado *El Imperio de lo efímero* (Gallimard, 1987; trad. cast. Anagrama, 1990), toma como referencia el universo de la moda para ilustrar las categorías fundamentales –a saber, lo efímero, la seducción y la diferenciación– que presiden la lógica postmoderna y que definen el comportamiento de nuestras sociedades en los más variados terrenos, desde la indumentaria hasta el pensamiento mismo.

El tercero de sus trabajos se titula *El crepúsculo del deber*, (Gallimard, 1992; trad. cast. Anagrama, 1994), y trata sobre esa especie de «explosión ética» (bioética, caridad mediática, moralización de los negocios, protección del medio ambiente, etc.) a la que asistimos en este final de milenio. Todo ello indica, según Lipovetsky, que la moral del deber rigorista y categórica propia de épocas anteriores, se ha eclipsado en beneficio de una nueva moral «indolora», hedonista y permisiva más atenta a la satisfacción de los derechos individuales que al sacrificio de uno mismo en aras de las grandes causas. La sociedad postmoderna es, por eso mismo, una sociedad «postmoralista» y en ella es el «individualismo responsable» lo que cabe proponer como proyecto ético para afrontar el siglo XXI.

El último y más reciente de sus trabajos trata sobre la condición femenina en la sociedad postmoderna y lleva por título *La tercera mujer* (Gallimard, 1997; trad. cast. Anagrama, 1999). Tras una primera fase histórica de depreciación tan inmemorial como sistemática de lo femenino que Lipovetsky demonina «la primera mujer» y una segunda fase en la que la mujer es idealizada como «sexo bello» sin dejar de ser, al mismo tiempo, considerada como una criatura subordinada al varón («la segunda mujer»), nuestro autor sostiene que hemos entrado en una nueva fase –«la tercera mujer»–, que rompe con las anteriores en la medida que la mujer accede plenamente a la condición de sujeto autónomo. Sin embargo, y tal es su atrevida tesis, la consecuencia de dicha revolución no es un universo unisex, sino más bien la conjunción de la autonomía individual de la mujer y la pervivencia de una construcción social disimétrica entre los roles masculino y femenino.

J.M. Ros

II. ENTREVISTA

N. Alberola: En primer lugar, ¿podría explicarnos qué entiende usted por «sociedad de seducción»?

G. Lipovetsky: Cuando yo comencé a reflexionar sobre la evolución de la democracia contemporánea, enseguida me interesé por las cosas más concretas de nuestra civilización a través de las imágenes de la televisión y de los objetos de consumo. En fin, es lo que en los años sesenta los situacionistas habían denominado «la sociedad del espectáculo». Y en suma, la sociedad del espectáculo más

la sociedad de la comunicación, es a lo que podemos denominar la sociedad de seducción. Así pues, para responder gráficamente a esta primera cuestión, podría decir que la seducción es un tema fundamental para mis investigaciones, ya que considero que ésta es el principio que diferencia nuestra sociedad postmoderna de las sociedades que han constituido la primera modernidad, y que eran las sociedades disciplinarias. Todo ello nos reenvía evidentemente a Foucault.

S. Reverter: Usted habla de la superación de la Modernidad, que califica siguiendo a Foucault, como disciplinaria y coercitiva; pero, ¿cuáles serían las características de estas sociedades modernas? ¿cuáles serían, en definitiva, los principios de la Modernidad, que a su juicio se han superado?

G. Lipovetsky: Las sociedades modernas nacieron en el siglo XVIII y se caracterizan por tres grandes principios: primero, los derechos fundamentales humanos, así como la promoción de la ideología individualista marcada por los ideales de libertad, igualdad y «felicidad»; estas últimas son la estructura –sin llegar a ser «superestructuras» en el sentido marxista del término– sobre la que se van a constituir las sociedades modernas, que conforman un nuevo tipo de sociedad tanto a nivel político como civil.

El segundo gran principio que ha organizado a las sociedades modernas sería la promoción de la grandes ideologías de la historia: ideología del progreso, ideología de la nación e ideología de la revolución.

Y en fin, el tercer gran principio sería la organización disciplinaria. Se puede decir en general, *grosso modo*, que remiten a modelos de organización dirigista, mecanicista y autoritaria.

J. M. Ros: Pero, en concreto ¿qué papel juega la seducción en este nuevo tipo de sociedades?

G. Lipovetsky: Mi hipótesis es que las sociedades modernas, cuyo primer periodo discurre entre 1700 y 1950, –periodo que yo denomino «la primera revolución individualista»–, se organizan en torno a tres fenómenos: el primero es el fenómeno del desarrollo de la moda moderna, que se convierte a la vez en una industria de lujo y de masas a partir de 1850; el segundo sería el nacimiento de la prensa de masas a finales del siglo XIX, y por último, también a finales de este siglo, se daría la explosión/expansión del comercio moderno, con los grandes almacenes y la publicidad, y que en el periodo de entre guerras va a crear la sociedad de consumo, no de masas, tal como la conocemos hoy en día. Gracias a la moda, la prensa y el mercado, la seducción se convierte en un principio social, pues aunque hasta finales del XVIII existe toda una cultura de la mascarada, de la seducción teatral entre hombres y mujeres, la seducción permanecía en el espacio privado de las relaciones personales y sólo pasará al ámbito social y público a través de los tres fenómenos citados.

Así pues, mi afirmación central es que a partir de 1950 una nueva lógica se impone en las sociedades democráticas; esta nueva lógica la he denominado «proceso de personalización», pero se corresponde fundamentalmente con el

principio de seducción. Proceso de seducción porque el modo de regulación social no se dirige a la inculcación ideológica y a la coerción, sino que se caracteriza por la estimulación de necesidades, el dominio de la imagen, la emancipación sexual, el turismo... Y esto hace que el modelo disciplinario deje de ser el modelo dominante y que se genere a su vez una revolución fundamental que es la segunda revolución individualista. Para resumirlo brevemente: la seducción es el principio organizativo de la sociedad postmoderna.

N. Alberola: Entonces, ¿cómo concretaría las diferencias entre la sociedad moderna y la sociedad postmoderna?

G. Lipovetsky: La sociedad moderna es disciplinaria, coercitiva e ideológica. La sociedad postmoderna se organiza sobre el principio de seducción, y este principio de seducción va a trabajar para reducir, no abolir, los grandes discursos ideológicos y la organización disciplinaria, ya sea en las fábricas, en el ejército o en la escuela. Por contra, este principio de seducción va a reforzar los derechos humanos fundamentales.

Por tanto, la sociedad de la seducción va a perfeccionar la edad democrática porque la sociedad moderna estaba escindida en principios antinómicos. A menudo las grandes ideologías venían a ahogar los derechos humanos.

J. M. Marín: Frente a la demonización histórica que ha soportado la seducción, resulta refrescante su visión positiva de la misma. Tradicionalmente la religión –y con especial énfasis, la religión cristiana– ha proscrito la seducción, convirtiendo al Diablo en el paradigma del seductor y al sujeto seducido en ejemplo de criatura perdida. A mi juicio, esta animadversión hacia el fenómeno de la seducción se debe a dos razones. En primer lugar, el cristianismo es una estructura ideológica que, como toda religión, aspira a orientar y dirigir la conducta –en su caso concreto a través de los dogmas de fe y de la disciplina de los mandamientos. Por lo tanto, no puede dejar de mirar con recelo los procesos de control de la seducción, que también son estrategias de manipulación de la voluntad y de la conducta de los demás –aunque a través de valores del hedonismo mundano como la belleza y el encanto. Frente a la rotundidad de la prescripción y la prohibición explícitas, la seducción es una estrategia de poder más sutil pero igual de efectiva por lo menos. En segundo lugar, la seducción no es sólo perniciosa porque concede al seductor unas parcelas de dominio humano que podrían despertar la envidia del Todopoderoso, sino que también resulta peligrosa para los intereses que la religión tiene en el sujeto seducido. Me explico: una de las principales tácticas utilizadas por la religión –muy manifiesta en las religiones judeo-cristianas– ha consistido en subrayar la insignificancia del individuo, el cual no sería nada al margen de Dios (hay otros absolutos que sirven para argumentos similares, como la raza, la patria, etc.). En consecuencia, la seducción alberga un potencial subversivo porque revaloriza al individuo: tú no eres algo insignificante [le dice] eres capaz por ti mismo de atraer y retener la mirada, de despertar el deseo.

G. Lipovetsky: Efectivamente, en contra de lo que afirma una antigua tradición, yo valoro positivamente la seducción. En este sentido, la seducción no aleja a las personas de la verdad ni les arranca su libertad, sino que las acerca a la libertad democrática. En *La era del vacío* yo llamé a esto «proceso de personalización», queriendo decir con ello que el mundo ya no funciona en base a una regla homogénea sino en base a la desestandarización.

N. Alberola: Hasta el momento, usted se ha centrado en las investigaciones desarrolladas en su primer libro *La era del vacío*, pero en sus siguientes obras la seducción sigue manteniendo un lugar predominante....

G. Lipovetsky: Así es, para darle más peso a la seducción y a la individualidad, en mi siguiente libro (*El imperio de lo efímero*) yo llamé a este principio de seducción «la edad de la moda completa». La seducción se convierte aquí en el tema central del libro. La moda que durante muchos siglos fue un proceso circunscrito al mundo de la cultura y a determinadas clases sociales, a partir de 1950 se convierte en un proceso generalizado. Vivimos en un mundo que funciona en base a la imagen, a lo efímero, a la diferenciación marginal, pues verdaderamente la moda se convierte en el modelo. Una vez más traté de demostrar la positividad democrática del mundo de la seducción. Ya que dicho *grosso modo* el mundo de la seducción nos liberó del mundo totalitario y acentuó el pluralismo democrático.

S. Reverter: Si no he entendido mal, la moda sigue la lógica de la seducción, la cual caracteriza a las sociedades postmodernas y al «proceso de personalización» que en ellas se da. Según nos acaba de decir, en este proceso –y a diferencia del proceso de la Modernidad– el individuo ya no sigue ningún estandard que le homogeneice, sino todo lo contrario, en sus propias palabras, es un «proceso de desestandarización». Y en esto parece consistir la participación democrática que la seducción ofrece al individuo. Ahora bien, ¿no cree usted que esa desestandarización basada en la moda y el consumo es no sólo efímera y superficial, sino en el fondo una manera de homogeneización? ¿no cree en definitiva que la libertad en las sociedades postmodernas es sólo una libertad de «elección» de productos de consumo, y que por lo tanto es en el fondo ficticia, pues constituye en realidad una nueva estrategia de dominación?

G. Lipovetsky: Esto no quiere decir que no se reconstituya otro modelo de servidumbre. Pero en estos dos primeros libros –que evidentemente hay que situar en el contexto histórico en el que fueron escritos, en la década de los ochenta– quise separar el orden social que se constituía en las democracias del maniqueísmo, ya que en todos estos años dominaba el paradigma marxista que a menudo intercambiaba sin más el modelo democrático y el totalitario. Es el caso de Marcuse cuando en *El hombre unidimensional* habla de un «terrorismo democrático» en el que los hombres son alienados, esclavizados en las sociedades democráticas al igual que son oprimidos en los sistemas totalitarios. Así pues, quise reaccionar contra todo esto y demostrar que el universo de la se-

ducción era un instrumento de autonomización de los individuos al separarlos del universo de la tradición y, al mismo tiempo, sacarlos del mundo de las grandes ideologías.

En concreto, respecto a lo que usted me preguntaba, efectivamente, yo he afirmado que el universo de la seducción postmoderna es un vehículo de la individualización de sujetos. Sin embargo, es una visión esquemática. Evidentemente la realidad es más compleja: el universo de la seducción produce simultánea y paradójicamente más individualización y al mismo tiempo más masificación. Esto es un punto muy importante en el que se centran los debates. Después de los teóricos de los años 50, no se cesa de repetir que la sociedad de la publicidad, de la televisión, de los objetos, del ocio, es una sociedad que homogeneiza los comportamientos, incluso el modo de pensar y vivir. Y yo opino que esto no es falso; creo que la observación de los hechos lo confirma. Si nos centramos en el mundo de los objetos podemos constatar que más o menos el 85-90% de los hogares están equipados con televisor, teléfono, frigorífico; el individuo viste pantalones vaqueros, bebe coca-cola... esto es algo que todo el mundo conoce y que al mismo tiempo demuestra que el proceso de estandarización es real. Pero este proceso concierne sobre todo al fenómeno del consumo y a la relación con las cosas, y desde este punto de vista parecería como si la relación con los objetos y las imágenes constituyese la totalidad de nuestro mundo. Y es curioso porque la relación con lo material es importante, pero no conforma la totalidad de la experiencia.

J. M. Ros: Entonces, ¿en qué fenómenos sociales constata usted un proceso de personalización que nos aleje de un modelo social estandarizado?

G. Lipovetsky: Si tenemos en cuenta otros aspectos de la vida social e individual, las cosas cambian mucho. Tomemos las relaciones familiares, con los niños, la sexualidad, las relaciones con los partidos políticos y los sindicatos... en dichas parcelas ya no seguimos la lógica de la masificación, sino que nosotros nos situamos en la lógica de la desregularización donde la multiplicidad de modelos lleva a la ausencia misma de modelo. En resumen, cuando nos dicen que la sociedad de seducción crea arquetipos en los cuales los individuos quedan absorbidos, estamos tomando el modelo del *homo* consumidor pero estamos reduciendo al ser humano a un aspecto muy concreto. Ni siquiera es adecuado el concepto de *homo* consumidor pues el *homo* consumidor no se define exclusivamente por su relación con los objetos de consumo; más concretamente esto que ha permitido la sociedad de seducción es la generalización de la sociedad de contratos. Es la era del *self-service*, del sírvase usted mismo.

Tomemos el ejemplo del *self-service* (autoservicio) aplicado a la familia; en este caso no se da para nada una lógica de la masificación (estandarización). Al contrario, estamos asistiendo a lo que los sociólogos llaman la «desinstitucionalización de la familia». Esto es, la gente se casa o no se casa, tienen hijos dentro de la familia o fuera de la familia, estando casados o no, el divorcio está total-

mente banalizado. Si tenemos en cuenta todos estos fenómenos de planificación familiar y demás elecciones personales dentro o fuera de las instituciones elegidas por cada uno, entonces vemos que lo que se expresa es, incontestablemente, un proceso de autonomización del individuo. Dicho de otra manera, la edad de la seducción ha permitido el distanciamiento del individuo respecto de las instituciones, la emancipación de los individuos de los contratos colectivos tradicionales. Evidentemente esto que acabo de decir respecto a la familia es aplicable a los vínculos religiosos, por lo menos en Europa. En el continente europeo, si bien en diferente medida, las formas de afiliación religiosa declinan, los individuos se muestran cada vez más críticos, más escépticos frente a la autoridad de la iglesia y se recomponen sus creencias religiosas *a la carta*... Esta considerable multiplicidad de fenómenos, centrales en la vida del individuo, no se puede explicar sin el «proceso de individualización». En los aspectos más relevantes de la vida de los individuos es más fuerte el proceso de individualización.

J. M. Marín: Chordelos Laclos (s. XVIII) en su brillante y progresista libro *De la educación de las mujeres*, venía a resumir la relación de la mujer con la seducción en los siguientes términos: aunque por naturaleza la mujer y el hombre son iguales, la sociedad la convierte en esclava, por lo que la mujer, adoptando la estrategia del esclavo, busca contrarrestar la fuerza que se le impone con la astucia, siendo ésta el núcleo y motor de la seducción femenina. Tal vez, reflexiones similares a ésta, estuvieron en el origen del menosprecio que gran parte del feminismo histórico mostró ante el fenómeno de la seducción, pues consideraba –con fundamento– que estas «armas femeninas», ratificaban la condición subalterna de la mujer, a la que sólo se le reconocía cierto poder (de manipulación) a través de las estratagemas que complacían a los hombres. Todo ello llevó al feminismo anterior a los años ochenta al rechazo de todo artificio, y muy especialmente de los artificios vinculados a la seducción. Algunos filósofos postmodernos, como Baudrillard en su libro *De la seducción*, no sólo constataron estas apreciaciones, sino que lamentaban que el feminismo, en el camino hacia su necesaria autoafirmación, cayese en reduccionismos esencialistas y renunciase a la dimensión lúdica –y también al poder– que alberga la «estrategia de las apariencias». Por el contrario, en aquellos mismos años, principios de los ochenta, usted hablaba (en *La era del vacío*) de un «neofeminismo» que disponía de «una figura inédita de lo femenino, polimorfa y sexuada, emancipada de los papeles y de las identidades de grupos, en consonancia con la institución de la sociedad abierta». Después de estudiar con mayor profundidad el tema en su libro *La tercera mujer*, ¿cómo conceptualizaría hoy día la relación mujer/seducción?

G. Lipovetsky: En torno a los años sesenta se desarrolla la idea según la cual la dicotomía de roles masculino y femenino irá disminuyendo. Habrá una masculinización de las mujeres y una feminización de los hombres. Es el caso

de ciertas feministas americanas que avanzan el modelo andrógino y también de algunas feministas francesas como Elisabeth Badenter. La idea era que como consecuencia del combate feminista los hombres se ocuparían más del hogar y de los niños, y las mujeres estudiarían como los muchachos y desarrollarían actividades profesionales como los hombres (años sesenta). Existía la creencia de que el movimiento de la sociedad, que es el de la igualdad democrática, iba a desembocar en un proceso de intersociabilidad, de conmutación de roles como diría Baudrillard, una conmutación general de los signos, que podría traducirse en los siguientes términos: aquello que los hombres hacen las mujeres pueden hacerlo y viceversa.

J.M. Ros: ¿Qué consecuencias tendría esta nueva adjudicación de roles?

G. Lipovetsky: Lo que acabo de señalar tiene consecuencias importantes respecto al modelo de belleza y al modelo de relación entre los sexos –la cuestión de quién liga a quién y cómo– en el ritual social de la seducción entre hombres y mujeres. En primer lugar, la primacía de la belleza femenina comenzaría a declinar, puesto que se empezaba a combatir la creencia de que la belleza era el atributo principal de la mujer. Por su parte los hombres deberían reapropiarse de esta dimensión estética. De hecho en los años sesenta aparecieron las primeras guías de belleza para hombres. Las mujeres respaldaban la importancia concedida a la estética masculina. En este momento coincidieron fenómenos como la importancia de la moda, el cuidado de la imagen personal, el juicio femenino sobre los hombres (es el momento en el que las mujeres empezaron a decir «¡qué guapo es!» a los hombres). Esto evidentemente significaba un alejamiento del hombre burgués, quien no daba la menor importancia a estos aspectos: dentro de este modelo, el hombre debía ser responsable, trabajar, mantener a la familia pero no necesitaba ser bello. En resumen, por lo que concierne al tema de la belleza podemos decir que no hay ninguna razón para que si una mujer desea estar bella, el hombre no tenga derecho a desearlo también.

Todo esto que he comentado conformaba la utopía de los años sesenta; pero la realidad no siguió esta utopía. En mi libro *La tercera mujer*, tomo el hecho histórico de que la emancipación de las mujeres, que es un hecho real, no va unida necesariamente al intercambio de roles, sino que está estrechamente relacionada con la reconducción de los polos tradicionales de la seducción: la belleza y las relaciones entre hombres y mujeres. Es impactante comprobar cómo en el mundo contemporáneo las expectativas que tienen los hombres y las mujeres respecto a la belleza siguen siendo profundamente asimétricas. Basta ojear una revista para mujeres para ver que el peso que tiene la cuestión estética para ellas (las páginas dedicadas al cuidado del cuerpo, a la moda, al maquillaje) no encuentra paralelismo alguno en los hombres. Todos los argumentos esgrimidos por determinadas feministas no resisten la sola observación de estas revistas, simplemente no quieren ver la realidad. Si una persona va a un quiosco a comprar el periódico, verá expuestas cuarenta o cincuenta revistas para muje-

res; ninguna de estas revistas carecerá de secciones dedicadas al cuidado del cuerpo, a la belleza, a la moda, etc.

Por otra parte, se da el fenómeno curioso de la permanencia de los concursos de belleza, que son televisados y que cuentan con un nivel de audiencia bastante considerable. Este tema podría parecer anecdótico, pero lo que resulta significativo es que en el mismo momento en el que la sociedad se organiza según el principio de igualdad, se acrecienta la desigualdad estética entre los sexos. El primer concurso de belleza tuvo lugar a principios de siglo. El que éstos se hayan convertido en un hecho cotidiano acrecienta la desigualdad entre hombres y mujeres en las sociedades democráticas en cuestiones tan importantes como la estética. Esta desigualdad, lejos de desaparecer se prolonga a pesar de que las mujeres tengan los mismos estudios que los hombres, a pesar de que la población universitaria esté compuesta por igual porcentaje de muchachos y muchachas, a pesar de que los puestos de responsabilidad, aunque están ocupados mayoritariamente por los hombres, presentan una proporción nada desdeñable de mujeres que acceden a ellos. Tomemos el consumo de cosméticos. En su día se habló mucho en la prensa de que los hombres empezaban a cuidarse y que se habían convertido en grandes consumidores de cosméticos, pero esta tendencia no se ha consolidado.

N. Alberola: Sin embargo, me consta que a principios de la década de los noventa proliferaron en Estados Unidos revistas dirigidas a un público masculino en las que se animaba a los varones a cuidar más su aspecto físico, en ellas se les instaba a usar cosméticos (maquillaje), se les aconsejaba el vestuario idóneo para el trabajo, actos sociales, etc. ¿Esta preocupación estética obedece al desarrollo de la sociedad de consumo o quiere decir que el hombre siente cada vez más la necesidad de gustarse a sí mismo?

G. Lipovetsky: Más bien se trata de un fenómeno de *marketing* porque, evidentemente, la industria cosmética no tendría ningún inconveniente en que los hombres se maquillasen, todo lo contrario. Pero el hecho es que en realidad este fenómeno no se da a pesar de las campañas publicitarias que incitan a los hombres a entrar en el círculo de consumo de productos cosméticos. Actualmente en Francia las cifras son muy significativas: el consumo masculino de cosméticos representa tan sólo el 10% del negocio global y esta cifra no varía desde hace más de quince años.

J.M. Ros: ¿En qué otros campos estaría patente esta asimetría?

G. Lipovetsky: Tomemos otro ejemplo, el de la cirugía estética. En Francia entre ocho y nueve de cada diez de estas intervenciones se realizan a mujeres; en Estados Unidos la proporción es más o menos de siete sobre diez. Tomemos la cuestión del maquillaje, que es un fenómeno fascinante, íntimamente ligado a la seducción. He aquí una práctica que es casi exclusivamente femenina y esto no cambia. ¿Cómo podemos afirmar que estamos en una era de conmutación generalizada cuando existe una práctica que diferencia radicalmente a los hom-

bres de las mujeres? Sucede lo mismo con la falda, es un signo muy interesante que constata que no estamos para nada en una era de intercambio total de roles. Las mujeres pueden ponerse todo lo que quieran, incluido el pantalón, la corbata y el traje de etiqueta; pueden maquillarse o no... el hombre, no. El hombre no puede llevar una falda. Sí puede hacerlo, sin duda, pero sería inmediatamente asociado a la imagen del travesti. En estos aspectos ligados a la seducción, permanecemos en un mundo tradicional y que recompone asimetrías y dicotomías radicales en la práctica de la seducción.

J. M. Marín: Creo que una de las razones que ayudaría a explicar esta asimetría de comportamientos entre hombres y mujeres respecto a la importancia que conceden al maquillaje, al vestido y en general a la presentación de la imagen, radica en la secular división de la realidad entre el ámbito de la esencia (lo fundamental) y el ámbito de las apariencias (de lo superfluo). Así históricamente, al igual que el hombre, desde su posición de poder, se habría reservado la esfera de lo público, relegando a la mujer a la de lo privado, también se habría autoconcedido como inherentes a su naturaleza todas aquellas manifestaciones y actividades consideradas esenciales, juzgando como impropias y superfluas –luego femeninas, desde su óptica puritana– todas aquellas que tuviesen que ver con el mundo de las apariencias. Con lo cual, su afán de buscar una cobertura ideológica que legitimase su poder, conllevó la renuncia a una importante parcela de sí mismo en tanto que ser humano.

G. Lipovetsky: Sí, pero tendríamos que tener en cuenta que los hombres, en diferente medida, se han acicalado siempre. Pensemos en las antiguas civilizaciones, o en la Francia del siglo XVII y XVIII. Su hipótesis me parece mucho más apropiada a partir del siglo XIX, en relación con el puritanismo burgués que usted ha nombrado.

J. M. Marín: Sí, ciertamente en este contexto resulta más acertada. De todas formas habría que investigar hasta qué punto el maquillaje y las pinturas de los antiguos desempeñaban una función simbólica, vinculada al poder o creencias míticas, o sea a lo esencial más que a lo puramente ornamental, vinculado a la seducción.

G. Lipovetsky: Pero... también hay un gran interés por el maquillaje y la presentación de sí mismo en los hombres de la Francia de los siglos XVII y XVIII.

J. M. Marín: Sin duda alguna, pero en la corte y sus aledaños, no entre los labriegos. Es un fenómeno relacionado con la representación del poder. A menudo se repite que la seducción pertenece al orden simbólico, y el poder al orden real. Pero, como sabemos desde Gracián y Maquiavelo, el poder político necesita controlar la dimensión simbólica para dominar la dimensión social. Por cierto, esto es todavía más perentorio en los estados democráticos, puesto que, mientras que el poder totalitario busca hacerse temer –y sólo después sueña con hacerse amar–, el poder democrático necesita convencer y, cada vez

más, atraer. ¿Hasta qué punto la política moderna depende de la capacidad de seducción?

G. Lipovetsky: De un modo extraordinario, la seducción es la finalidad principal de las modernas campañas políticas, es la que ha motivado su sofisticación y espectacularización. Otra cuestión es si logran o no su objetivo: seducir. Pero, cuando se habla de que el proceso de desvinculación de la política institucional parece aumentar, habría que tener en cuenta otros factores como la crisis de las grandes ideologías que ha tenido lugar en la postmodernidad.

S. Reverter: Usted ha afirmado que los mecanismos de seducción pueden tener una aplicación política. ¿Cree que el modelo de seducción basado en un determinado estandard de belleza femenina, tal y como es radicalizado en una sociedad altamente consumista como la americana, tiene implicaciones políticas?

G. Lipovetsky: Una lectura feminista como la que realizan las feministas norteamericanas hoy en día desarrolla la idea de que esta resistencia e incluso esta intensificación del imperativo de la belleza es la marca o señal de la opresión femenina, porque estas prácticas tienen un sentido profundo de infravaloración de las mujeres respecto a sí mismas; ya que creando modelos elevados de belleza, las mujeres se obsesionan por las apariencias: se agotan haciendo dietas, se convierten en anoréxicas y pierden la confianza en sí mismas. Y como no tienen confianza en sí mismas no se comprometen a nivel social, ni tampoco en la lucha por el poder—lo cual beneficia a los hombres. Así pues todo este culto de la belleza no es más que un medio para la subordinación de la mujer.

S. Reverter: ¿Qué piensa usted sobre la crítica que los nuevos feminismos de los años noventa, sobre todo en Estados Unidos, han llevado a cabo en torno a la categoría de género? ¿Cree que para seguir avanzando no sólo el feminismo, sino también las posibilidades de personalización de todos los sujetos de las sociedades postmodernas, se necesita «descentrar» la categoría de género?

G. Lipovetsky: Me resulta difícil contestar con precisión a su pregunta, porque desconozco los detalles de las últimas aportaciones del feminismo americano.

S. Reverter: Bien, me refiero a propuestas como la de Judith Butler en su libro *Gender Trouble* (1990). Según Butler, el feminismo ha cometido un error: ha caído en una regulación y reificación de las relaciones de género, y como resultado ha solidificado aún más un punto de vista binario de las relaciones de género, es decir, los seres humanos quedan divididos en dos grupos bien determinados, mujeres y hombres. Así Butler cree que en vez de abrir posibilidades a las personas para formar y elegir su propia identidad, el feminismo lo que ha hecho es cerrar opciones.

En este sentido, la propuesta de Butler plantea una nueva alternativa: en vez de hablar de género como un atributo fijo de una persona, éste se transforma en una variable fluida que cambia en diferentes contextos y tiempos. Hay que re-

conocer la relación existente entre este tipo de planteamiento y los de Foucault, pues el objetivo y el espíritu de esta nueva propuesta feminista es acabar con el férreo vínculo entre sexo (macho/hembra), género (masculino/femenino) y deseo; de tal forma que género y deseo sean flexibles y no determinados por factores estables.

Creo que este discurso es interesante en cuanto que realmente está planteando la reconfiguración de la otredad y la emergencia de subjetividades periféricas. En definitiva, está replanteando la cuestión de la identidad, que es un tema básico y urgente en las sociedades postmodernas. Algunos de los últimos planteamientos feministas creen firmemente en la necesidad de reconstruir el paradigma del sujeto construido por el «patriarcalismo». He hablado de la americana Butler, pero también en Europa tenemos propuestas interesantes como la de Rosi Braidotti, quien habla de «sujetos nómadas». Al igual que Butler, Braidotti intenta con este concepto deconstruir el concepto de género, pues se ha convertido en una categoría que en realidad cierra posibilidades a la hora de construir nuestras identidades.

Esto tiene conexiones con los movimientos de *gays* y lesbianas, o con los *dragqueens*. Movimientos que en los últimos años se han apoyado en este tipo de filosofías y teorías.

G. Lipovetsky: Escuchándola me viene a la memoria la frase de Hegel: «la filosofía siempre llega demasiado tarde»; dicho de otro modo, se comienza a filosofar sobre las cosas cuando la realidad ya lo hizo antes. A mi parecer, si aceptamos la idea de la promoción del individualismo postmoderno que coincide con la erosión de los modelos sociales obligatorios, la «identidad nómada» ya está presente en este contexto, es decir, lo que caracteriza nuestra identidad es que es precisamente una «identidad nómada» que ya no está sujeta a ningún rol social. Lo que decíamos anteriormente refuerza la tesis de que el individualismo favorece las «identidades nómadas»: así una mujer puede perfectamente realizar estudios y a la vez ser coqueta, o no serlo; casarse y después divorciarse; volverse lesbiana después de tener hijos; efectivamente, hay toda una deconstrucción de los papeles tradicionales y existen teorías que intentan explicar todo este fenómeno. Pero lo que me parece más interesante es que la lógica del individualismo tiene una dinámica más fuerte que la de las propias proposiciones del feminismo, incluso del más radical. No quiero decir con esto que estas teorías no tengan impacto, pero pienso que la fuerza fundamental en la actualidad es la erosión de los vínculos de pertenencia tradicionales.

N. Alberola: Por lo tanto, a su juicio ¿cuál es la tarea que puede desempeñar el discurso feminista actualmente y en el futuro?

G. Lipovetsky: Creo que el feminismo –... no es cuestión de decir que «haya muerto»– pero pienso que su mayor tarea ya ha sido realizada. Cuando digo que en cierto modo el feminismo «ha muerto», utilizo la expresión en el mismo sentido que Hegel cuando éste decía que «el arte había muerto». Evidentemente,

el arte continuó y el feminismo continuará, e incluso irá a más. Pero sucede como con el arte: cuantas más exposiciones artísticas de carácter postmoderno haya, cuanto más sofisticado y complicado sea el arte, menos impacto social tendrá. Creo que eso es lo que pasa con el feminismo. ¡Ojo!, no estoy hablando del movimiento de liberación de la mujer, que sigue vivo por las exigencias de libertad, igualdad y «felicidad», y que es una fuerza fundamental de la sociedad.

N. Alberola: Si no he entendido mal, usted no cree en el futuro del feminismo...

G. Lipovetsky: Nosotros tendremos en el futuro feminismos débiles no porque sus ideas sean débiles, sino porque simplemente no creo que en el futuro se den grandes movimientos con los que la gente se comprometa masivamente como sucedió en el pasado como por ejemplo con la reivindicación del sufragio universal o la legalización del aborto, o las luchas por los derechos civiles.

N. Alberola: Así pues, ¿cree usted que los objetivos básicos que se marcó el feminismo como la igualdad están conseguidos?

G. Lipovetsky: Creo que sí, salvo en la cuestión del poder; pero incluso en este punto también el discurso feminista llega tarde. Veamos un caso simple: una encuesta sobre el porcentaje de mujeres en el Parlamento francés. Un 80% de los hombres consultados opinan que el bajo porcentaje de mujeres en el Parlamento es escandaloso. La batalla ya está ganada incluso antes de haberse librado. Esto no significa que la cuestión vaya a resolverse inmediatamente, porque hay fuerzas de inercia y de resistencia que actúan en favor de intereses de microgrupos que tienen sus propias prioridades. Pero, ¿quién se opone a que las mujeres accedan a la representación política? Nadie. Por lo tanto a uno le puede sorprender escuchar a ciertas feministas americanas afirmar que la nueva gran cruzada es la conquista del poder. Creo que lo que quieren decir con sus afirmaciones es que las mujeres no deben rechazar el poder, aunque ellas mismas, culturalmente, hayan considerado que aquél no era para ellas. Obviamente su intención no es negativa, mas pienso que la sociedad cambia tan rápido –o más– que su discurso.

J. M. Ros: Esta aceleración en los cambios sociales, ¿altera la dinámica tradicional?

G. Lipovetsky: Ciertamente, porque la velocidad a la que se producen los cambios sociales implica que las vanguardias –si entendemos por éstas una élite que otorgue significado a la historia y que acelere su movimiento– pierden su sentido. El movimiento ya está acelerado, ya nadie cuestiona esos temas, hay resistencias parciales muy delimitadas. En este contexto, creo que las vanguardias tanto en el arte como en el feminismo dejan de tener un lugar preminente dentro de la lucha colectiva. Creo que es en los ámbitos de la familia, la educación, y el individuo, donde el feminismo del siglo XXI va a construirse, pues las exigencias de igualdad y de libertad entre hombres y mujeres ya no constituyen el objetivo de los grandes combates colectivos. Esto no quiere decir que ya no

quede nada por lo que luchar, sino que esta lucha tendrá lugar desde la diseminación y el nomadismo, ya que la conquista de la libertad individual puede construirse de forma diferenciada según cada mujer, al no entender todos la libertad del mismo modo.

S. Reverter: Entonces, ¿cree usted necesaria la deconstrucción del concepto de género al que antes aludíamos?

G. Lipovetsky: Respecto a la necesidad de deconstruir el género que usted mencionaba yo apuntaría dos respuestas diferentes. Si por deconstrucción del género, en sentido amplio, entendemos la idea de que pueda existir una sociedad que no distinga la identidad sexual y donde ya no exista ningún rol o función marcado por lo masculino y femenino, creo que estaríamos moviéndonos en el campo del mito. Desde el punto de vista antropológico, no conozco ninguna sociedad que no haya marcado la diferencia sexual; los niños, muy pronto, alrededor de los cinco y seis años, dividen el mundo a partir de la diferencia sexual masculino/femenino. No acierto a comprender cómo algo que marca tan profundamente la humanidad como la diferenciación sexual podría no tener una adscripción social. No entiendo cómo el hecho de llevar un niño en el vientre o no llevarlo, de penetrar o ser penetrado, no pudiese tener un sentido. Así pues, creo que deconstruir el género en un sentido radical me parece tan mítico como imaginar una sociedad sin clases. Es un mito moderno revolucionario, creo que estamos en la era post-revolucionaria, lo cual no significa la aceptación de todas las cosas... pero pienso que este tipo de proyectos ya no tienen credibilidad.

Por otra parte, desde un punto de vista puramente sociológico, me parece que las jóvenes de este fin de siglo no tienen la misma opinión respecto a la diferencia de géneros que las feministas de los años sesenta/setenta. Aquellas feministas de los años sesenta y setenta afirman que sus hijas se han vuelto conservadoras, reaccionarias, porque han dejado de protestar sistemáticamente por ocuparse de sus hijos más que sus maridos, porque ya no consideran intolerable ser bonitas y usar productos cosméticos. Diría que de la misma forma que nuestra sociedad se ha reconciliado globalmente con el principio de libertad de mercado y de democracia constitucional, creo que las jóvenes generaciones de mujeres se han reconciliado al menos parcialmente con la división de los géneros.

N. Alberola: Actualmente muchas mujeres jóvenes trabajan fuera de casa, como su pareja, y, en cambio, no reciben el apoyo de sus compañeros a la hora de repartir las tareas familiares. ¿Acaso la igualdad es inalcanzable?

G. Lipovetsky: Sí... estoy de acuerdo, pero creo que el problema de las mujeres de hoy no es protestar contra el hombre para estar como él, sino tener una visión más positiva de su identidad, de construirse a sí mismas, construir sus vidas en función de elecciones extremadamente diversas.

N. Alberola: Y ¿cuál es su opinión respecto a la deconstrucción de los géneros tradicionales que supone la explosión de otros modos de sexualidad?

G. Lipovetsky: Si nos adentramos en una concepción restrictiva de la deconstrucción del género, creo que el proceso no está finalizado. Estamos hablando de *dragqueens*, del mundo de los homosexuales, esferas en las que el futuro es más incierto porque intervienen muchos factores que pertenecen al orden «represivo». La revolución sexual ya alcanzó sus objetivos en el orden heterosexual pero no lo logró aún en el campo de las minorías sexuales. Quizá no lo consiga nunca. Sin embargo podemos imaginar que la dinámica de la reivindicación sexual, del reconocimiento social o de la deconstrucción del género irá más lejos todavía.

S. Reverter: Hemos vivido en sociedades patriarcales con una hegemonía heterosexual. Todo esto ahora parece que está abierto a una rearticulación. En este proceso algunas feministas se muestran contrarias a la sexuación de los cuerpos basándonos en la reproducción, pues la relación reproducción/sexo del cuerpo/género resulta ser la imposición de una norma que considera la reproducción como criterio determinante al hablar de género. Pero hoy en día, a contracorriente de esta norma, consideramos que la reproducción no forma parte de la vida de muchas mujeres. ¿Por qué entonces organizar todavía las identidades de género sobre la reproducción y mantener un modelo de familia basado en ella?

G. Lipovetsky: El origen de esta cuestión se remonta a los años setenta cuando las feministas afirmaron que la mujer podía hacer la elección de no tener hijos y creo que en su momento no se equivocaron. Sin embargo, actualmente, desde la óptica de la mujer postmoderna el problema no se plantea en términos de tener o no hijos, sino en términos de tenerlos cuando se quiera o se desee. Estoy convencido de que las mujeres optarán por la elección de tener hijos porque el hijo es deseado; ya no se tienen por seguir un modelo social; la dinámica de la elección de tener hijos responde a aspiraciones psicológicas que no dependen de la exigencia de normalización social respecto a determinadas reglas sociales, sino que pertenece al orden de la felicidad personal. Tener hijos responde a un deseo de felicidad individual de una pareja, naturalmente. Ya no se tienen hijos porque hay que tenerlos para prolongar una estirpe o para enriquecer a la nación. Los hombres y las mujeres deciden tener hijos por la alegría de ver crecer a estos pequeños seres, y esto les hace felices. Creo que es la única motivación verdadera en la sociedad postmoderna para tener hijos.

Subyace aquí otra cuestión que no tiene nada que ver con la normalización social sino que está relacionada con la de la identidad femenina: las mujeres tienen el poder por naturaleza –esto no es cultural– de tener hijos, es una potencialidad de su ser, no veo por qué las mujeres deberían renunciar a ésto, puesto que para ellas es un modo de experimentar algo que les es propio: es una manera de realizarse –cuando el hijo es fruto de su elección, naturalmente, no cuando se les impone. Aunque tuviéramos todos los conocimientos genéticos imaginables para llevar a cabo la reproducción en un laboratorio, no creo que

las mujeres renunciaran a querer tener hijos. Llevar un niño en el vientre es toda una experiencia y creo que el individualismo femenino no renunciaría a esto como tampoco estaría dispuesto a renunciar a sus estudios, a la actividad profesional, a viajar, etc. En la época de Simone de Beauvoir, el hecho de no tener hijos era considerado una forma de liberación, de autoafirmación. Hoy en día se vive como una abdicación, como una renuncia a ciertas cosas. En los países en los que la mujer está muy emancipada en cuestiones sociales, como en Suecia, las estadísticas muestran que el número de hijos por mujer es más de dos. Por otra parte, hay un hecho novedoso: las mujeres tienen hijos más tarde y además con hombres diferentes. La vida de las mujeres después de casarse, tener un hijo y divorciarse, no se termina ahí. El hecho de conocer a otro hombre en un momento determinado de su vida, si no es en un momento muy tardío de su edad biológica, es un factor que cuenta a la hora de despertar el deseo de tener hijos. La mayoría de las mujeres no tienen un hijo para disfrutarlo ellas solas, la mayoría lo tienen porque están con alguien a quien aman. Un niño es algo que se tiene con otro, no veo porqué debería cambiar esto.

J. M. Ros: Bueno, no siempre es así. También existe la posibilidad de tener hijos sin formar pareja. Y hoy en día la ciencia dispone cada vez de más recursos para poder prescindir de la figura del varón, al menos presencialmente, si es que una mujer así lo decide.

G. Lipovetsky: Ciertamente. Sin embargo, es preciso –creo yo– desenmascarar estas historias de ciencia ficción que ignoran la complejidad que envuelve el hecho de tener hijos. La conclusión de todo esto es que el individualismo no conduce al rechazo de la mujer a tener hijos, sí que conduce en cambio al rechazo mayoritario de la familia numerosa. En mi opinión, la tarea de las feministas de nuestra época sería exigir que la sociedad favoreciera –mediante la creación de guarderías, ayudas, escuelas, etc.– la posibilidad de tener hijos. Esto es responsabilidad de la sociedad. Creo que ésta es la principal tarea que las feministas pueden desarrollar en los gobiernos, porque en las otras cuestiones –los asuntos económicos, presupuestarios– las mujeres gobernantes harán lo mismo que los hombres. El hecho de que las mujeres sean más numerosas en el parlamento, en las comunidades autónomas, en los ayuntamientos, puede suponer una acción política marcada por la reorganización de la vida cotidiana encaminada a superar las dificultades del día a día que ellas han experimentado (el cuidado de los niños y de los ancianos, la salud, etc.).

N. Alberola: Retomando el tema de la seducción, ¿la mujer actual es objeto o sujeto de la nueva seducción?

G. Lipovetsky: Esta cuestión es paralela a la cuestión de la belleza. Se creía que todo podía ser intercambiable, que los hombres podían ser pasivos y las mujeres lanzar proposiciones. Pero la realidad no es exactamente así. ¿Qué ha cambiado entonces? Hoy en día ya no encontramos indigno que una mujer sea el sujeto de seducción y que dé el primer paso en la relación. Aunque hablar,

como en algunos textos se hace, de igualdad en el plano de la seducción no es un contrasentido, realmente esto no se corresponde con la realidad. El ritual de la seducción queda muy diferenciado según el género. La mujer continúa siendo el objeto de la seducción y sólo se convierte en sujeto en circunstancias especiales, sobre todo respecto a hombres que ya conocen. En este caso, ellas pueden tomar la iniciativa, y de hecho lo hacen. Dan el primer paso cuando un hombre les gusta y piensan que es tímido, no exactamente como lo hacen los hombres sino de forma más exquisita. Pero en general la iniciativa en la seducción continúa siendo un privilegio masculino; he empleado la palabra privilegio pero es un tema problemático porque es un aspecto que casi nunca ha sido cuestionado por las mujeres.

J. M. Ros: ¿No le parece que hoy en día las mujeres de las nuevas generaciones adoptan un papel activo desarrollando estrategias de seducción antes de que el hombre dé el primer paso?

G. Lipovetsky: Yo no conozco ningún texto feminista que diga «es intolerable que sean los hombres quienes ligan, somos nosotras las que vamos al grano», jamás he leído algo parecido. Esto es un tanto problemático, desde mi punto de vista, pues si las mujeres ya lo han reivindicado todo, ¿por qué no reivindican esto también? ¿Por qué las feministas que consideran un escándalo que la mujer no tenga estudios, que realice todas las tareas domésticas, que no sea tratada bajo parámetros de igualdad en el trabajo profesional... ¿por qué no añaden esta última protesta? ¿Por qué no atacan este «último bastión» de la desigualdad?

N. Alberola: Porque el sentir generalizado de muchas mujeres, de muchas feministas, es que éste simplemente no es el «último bastión» de la desigualdad. Hay aún muchos y mucho más importantes por derribar.

G. Lipovetsky: Según mi parecer, incluso en la situación de objetos a pesar de todo son sujetos. Aparentemente en la puesta en escena de la seducción parece ser que es el hombre el que toma la iniciativa y el que seduce, y la mujer permanece pasiva al igual que un objeto. Pero en realidad es ella quien decide, quien dice sí o no. No es un objeto.

Esto nos lleva a una reflexión muy interesante sobre el tema de la autonomía y la postmodernidad. Cuando los códigos tradicionales no entran en conflicto con la autonomía personal, esos códigos tradicionales persisten. La postmodernidad no consiste en la destrucción de los códigos del pasado: es el reciclaje de las formas tradicionales de manera que sean compatibles con la autonomía personal. Cuando las mujeres encuentran mecanismos con los que pueden reivindicar su condición de sujetos, desaparece su interés por cambiar antiguas costumbres. Tanto más cuando hay mucha gratificación en el hecho de ser objeto de seducción, cualquier hombre sabe que cuando se le seduce –de tanto en tanto– resulta muy agradable.

N. Alberola: Por consiguiente, ¿la seducción sería un juego mutante en el que se confundirían los roles?

G. Lipovetsky: Las mujeres prefieren ser solicitadas por los hombres. La mayoría confiesan que prefieren ser el objeto de la seducción. No se trata solamente del conformismo con las reglas sociales, sino que tiene que ver con la sexualidad femenina. A saber, a la mujer no le gusta que las relaciones se basen exclusivamente en lo sexual, lo sexual en las mujeres rara vez es un fin en sí. Al no tomar la iniciativa seductora, la mujer expresa que para ella la relación no tiene un fin directamente sexual. La relación puede derivar hacia lo sexual aunque en un primer momento no fuera ese el objetivo fundamental. La dicotomía sujeto-objeto en el ritual de la seducción reenvía a las diferentes maneras que tienen hombres y mujeres de experimentar la sexualidad. Ya en la antigüedad un texto de Ovidio advertía a los hombres: «no esperéis que las mujeres vengan a seduciros». En este texto hay algo profundamente relacionado con la sexualidad femenina.

N. Alberola: En su libro *La tercera mujer* introduce el epígrafe titulado «Don Juan está cansado», en el que comenta la temática del eclipse del macho: «ya no hay hombres». ¿Podría contextualizar y explicar el significado de estas expresiones?

G. Lipovetsky: Yo afirmo que «Don Juan está cansado», pero la idea de que «no hay hombres» está extraída de los comentarios que aparecen en las revistas para mujeres. Yo creo que Don Juan no ha desaparecido pero ha perdido su prestigio y su fuerza interior. Parece como si por lo general los hombres estuviesen obsesionados por la conquista femenina, como si la identidad masculina no se pudiera construir fuera de la acumulación de conquistas. Ahora bien, podríamos hacer una interpretación nihilista de este hecho a la manera de Baudrillard diciendo que el mundo de la emancipación ha deprimido el sexo; hay una especie de recesión de lo sexual que los hombres reproducen porque las mujeres liberadas les producen miedo. Yo no comparto esta interpretación nihilista. Pienso que por parte de los hombres existe una mayor exigencia en el plano sexual y en el hedonista. Don Juan es un individuo abstracto cuyo único placer es contabilizar sus conquistas, el disfrutar con otro ser no le importa. En cambio, los hombres actuales, aún siendo más individualistas y narcisistas, también quieren sentir y disfrutar de sus relaciones como si para ellos no tuvieran sentido las conquistas femeninas por sí solas. En este sentido los hombres se han acercado a las mujeres en su forma de entender las relaciones, sin que sus papeles lleguen a ser intercambiables, porque hay muchos aspectos en la sexualidad que continúan siendo diferentes.

Respecto a la frase «ya no existen hombres», observo que los muchachos, actualmente, se distraen mucho con el ordenador, los juegos, el deporte, llegando incluso a ver a la mujer como una competidora respecto al tiempo de disfrute de éstos. En cuanto a las mujeres, no están a gusto porque por un lado están viviendo con sus compañeros y por otro los presienten alejados, llegando a la conclusión de que los hombres «no existen».

N. Alberola: Dado el peso real y simbólico de Estados Unidos en el mundo, ¿cree usted que el modelo de «sexo americano», que obvia los rituales de la seducción, va a extenderse por Europa? El juego de la seducción, ¿tiene sus días contados?

G. Lipovetsky: No, no lo creo. Creo que el caso americano es excepcional, sin duda alguna. Estados Unidos es el único país en el que existe lo políticamente correcto, la cuestión del acoso sexual... un caso como el *affair Clinton* es impensable en cualquier otro país. En el mundo se habla muchas veces del modelo francés de la cortesía y la complicidad entre hombres y mujeres... también creo que no es cierto; pienso que el modelo que existe en Europa es el mismo que el francés. Sin embargo, el modelo americano es excepcional, no es exportable, responde a una multitud de factores que no podríamos analizar ahora, pues tendría que extenderme demasiado... pero el peso de los medios de comunicación, la filosofía política americana basada en el pluralismo y en el reconocimiento sistemático de los grupos son más fuertes que el oscuro y simple puritanismo. No creo que la evolución del mundo se dirija a la promoción de lo sexual por lo sexual, esa es la imagen que se quiere dar a nuestro mundo, que es la imagen del porno como arquetipo de la sexualidad de nuestra sociedad.

J. M. Marín: En cualquier caso, una sociedad cuyas relaciones afectivas estuvieran exclusivamente guiadas por la lógica del porno, se situaría en las antípodas del mundo de la seducción que, si bien comporta un componente de transgresión, siempre descansa en la insinuación y la delicadeza. En cambio, la pornografía cae a menudo en la obviedad redundante; de hecho sólo resulta atractiva cuando incorpora elementos novedosos o situaciones transgresoras.

G. Lipovetsky: La pornografía es la antiseducción. Pero la pornografía no gusta a las mujeres. No se reconocen en ella. Y los hombres consumen pornografía pero no se comportan según esos cánones. Por tanto, la pornografía no es la imagen de nuestra sociedad, la pornografía es como el negativo de los fantasmas sexuales masculinos, es una atrofia de la complejidad humana, una operacionalización del sexo que no se corresponde con lo que esperamos del individuo. Pienso que el modelo que se desarrolla no es el de la sexualidad ocasional, éste no se corresponde con las expectativas íntimas de los individuos y de las mujeres en particular. El modelo que se desarrolla es el modelo de la sexualidad afectiva, y no va a desaparecer como se pensaba. Si hay un modelo en el que sexualidad y sentimiento están separados, pertenece a épocas anteriores, cuando los hombres iban a los burdeles. Lo que existe hoy es una relación afectiva que puede durar seis meses, o el tiempo que sea, pero que está fundamentada sobre la afectividad. El individualismo no conduce en absoluto a una funcionalización del sexo por el sexo, sino a la generalización de la síntesis entre lo sexual y lo afectivo. El individualismo, al contrario de lo que se ha dicho, no conduce al rechazo de los sentimientos.

N. Alberola: Así pues, en este estado de cosas, ¿cuál es el futuro de la seducción?

G. Lipovetsky: Verdaderamente la seducción no está acabada. A través de la moda, el maquillaje y todo un conjunto de prácticas las mujeres tienden a entrar en un ciclo donde ellas se sitúan como objetos de seducción, y por parte masculina ha habido cambios más significativos. Los rituales de hacer la corte han desaparecido, se ha producido una aceleración de la práctica de la seducción: la seducción habitual estaba muy codificada y marcada por la lentitud... había que resistir, no ceder demasiado pronto. Hoy estamos en una lógica diferente, la de la autenticidad del deseo. En este plano la lógica de la seducción pierde su ritualización. Yo me pregunto si este ritual no adopta otras formas y si acaso la seducción no se produce después y no antes.

Por ejemplo... la fiesta de San Valentín; vemos una especie de retorno de este tipo de prácticas, como si las parejas estables tuviesen necesidad de renovar su relación. Los regalos es algo que no desaparece, las mujeres se quejan de la atrofia masculina a la hora de expresar los sentimientos. Pienso que vamos hacia una seducción que tendría las siguientes características: la de estar muy preocupada por la vertiente estética, sobre todo por parte de las mujeres; ser una seducción que se produce después de haber realizado el acto sexual; y por último, una seducción en la que la expresión de los sentimientos resulta un elemento seductor.

J. M. Marín: La seducción, a la vez que se ha desritualizado, ¿no ha perdido también cierta dimensión trascendente o transgresora según el caso?

G. Lipovetsky: Ciertamente, el humor ocupa un nuevo e importante lugar en el proceso de seducción. Antiguamente la seducción era algo serio: se hacía la corte a una dama y se le proponía matrimonio como único medio de llegar a la cama. Muy al contrario, actualmente las mujeres valoran el sentido del humor como un elemento muy seductor. El humor se ha convertido en un instrumento de seducción; antes lo fue la riqueza, el prestigio, la fuerza y la inteligencia. Actualmente sólo permanecen como tales la inteligencia y el humor.

N. Alberola: Esto que acaba de comentar ya contesta a la pregunta que pensábamos formularle sobre el tipo de hombre que correspondería a «la tercera mujer». Por lo tanto, pasamos directamente a la pregunta final: ¿se siente usted seducido por la seducción?

G. Lipovetsky: Me siento fascinado por todo este teatro de la belleza, de las apariencias. Durante años he intentado reflexionar sobre el tema, pero, por más vueltas que le dé, el encanto seductor de una persona continúa siendo enigmático. Se dijo que la emancipación sexual y la liberación de las mujeres eran principios contrarios a la seducción; mas no comparto esta opinión. Pienso que las mujeres, incluso liberadas, continúan siendo seductoras, que el universo de la libertad no arruina la seducción; y como decía Freud, «el continente negro de lo femenino permanece para el hombre desconocido», es decir, es el enigma de la seducción. Soy muy sensible a estas cuestiones; no es por casualidad que haya dedicado muchas páginas a este tema.